

cidos por nuestra literatura moderna, aún no queda satisfecha vuestra admiración, nos subiremos más alto, y dejaremos la tierra para perdernos en los infinitos esplendores del pensamiento divino. Treparemos por las embalsamadas pendientes del Carmelo, nos detendremos en la cumbre del Libano coronado de cedros, y contemplaremos desde allí el vuelo de los poetas inspirados meciéndose entre el cielo y la tierra. Moisés nos ha referido con la inefable y magestuosa simplicidad del Génesis la creación del mundo y la vida de los primeros patriarcas; Job nos ha dejado oír el grito sublime de sus dolores, desenvolviendo ante nosotros el magnífico cuadro de la naturaleza; David ha vibrado en nuestros oídos las cuerdas de su lira, y le hemos escuchado cantar las perfecciones de Dios, los suspiros del alma y los esplendores de la creación; Salomón, en sus proverbios elegantes y concisos nos ha enseñado la sabiduría, y embriagado nuestra imaginación y nuestro corazón con los suaves y místicos perfumes del cerrado jardín de los *Cánticos*. En fin, Isaías, colocándonos sobre las alas de su entusiasmo, como el águila lo hace con sus polluelos, nos ha conducido hasta el seno de la Divinidad, nos ha mostrado la futura caída de los imperios; y elevándose al oriente desde lo profundo del desierto, nos ha hecho ver la nueva Jerusalén brillante con los resplandores evangélicos. Desde esas sublimes regiones descendiremos con el Verbo hecho carne, y por la ribera que bañan las olas del mar de Galilea, oiremos la adorable mansedumbre del Salvador que alimenta á la multitud con el pan de su palabra; nos conmovemos con los enérgicos acentos de la elocuencia de los apóstoles; admiraremos la profundidad del espíritu de S. Pablo, y en la perspectiva lejana del porvenir, entreveremos las visiones misteriosas del Discípulo muy amado.

Jóvenes: he recordado algunos nombres gloriosos, y podría recordar mil y mil en todos los ramos de la ciencia, para demostraros que sólo hay luz donde hay fe. Los que á la fe resisten se quedan sin luz, se quedan ciegos como el mago Elimas, que resistió á la palabra de S. Pablo. Sea vuestra literatura profundamente cristiana; derramad con ella la luz, ensalzad la fe bajo cuyas profundidades se encuentran los tesoros más preciosos; y de este modo contribuireis á la salvación de la sociedad, merecereis los aplausos de todo hombre sensato, y alcanzareis la vida eterna que os deseo.

EXCUSAS DE NO VIVIR SANTAMENTE.

Vidi turbam magnam, quam denuerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis, stantes ante thronum.

Vi una gran muchedumbre que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus, y pueblos, y lenguas, que estaban ante el trono (de Dios).

(Apoc. vii, 9.)

La Iglesia, esta Esposa del Cordero, esta Madre piadosa, después de haber honrado á los Santos en el discurso del año con fiestas particulares, les honra hoy con una fiesta común, para imitar, dice San Agustín, aquella fiesta eterna que Dios celebra con ella en el cielo. Si, cristianos, la Iglesia corre hoy el velo de aquel santuario que vió el amado Evangelista, y nos descubre el cielo lleno de Santos de todas las gentes, tribus, pueblos y lenguas, no sólo para que admiremos las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos, y la gloria de que gozan, sino también para animarnos con la multitud de sus ejemplos, para enseñarnos con la variedad de sus virtudes, y para recordarnos que también nosotros hemos sido llamados á la misma santidad, y á disfrutar de la misma gloria de que ellos gozan; porque esta es la vocación general de todos los hombres, y particular de los cristianos. Sereis santos, dice el Señor, porque santo soy. *Yo sancti eritis, quia Ego sanctus sum.*

Mas, á pesar de esta verdad fundamental, sobre la cual debe estribar la conducta de todos los hombres, y particularmente la de todos los cristianos, no hay cosa más común, cuando se trata de santidad, que alegar excusas sobre excusas para no vivir santamente. Se alega la falta de auxilios y de gracias especiales, la violencia de las pasiones, el genio y el natural, la edad, el estado, la corrupción del siglo; y se alegan otras muchas cosas, que sería largo referirlas y más largo refutarlas. Yo me limitaré en este día á rebatir y destruir las que dejo apuntadas, que son las principales, y por consiguiente quedarán destruidas las demás. Haré ver, y esto será todo mi asunto, haré ver que no vivir en la santidad, á que hemos sido llamados, no consiste ni en la falta de auxilios y de gracias, ni en la violencia

de nuestras pasiones, ni en nuestro natural y genio, ni en la edad, sea la que fuere, ni en el estado, ni en la corrupcion del siglo en que vivimos, sinó en nuestra poca voluntad, y sólo en nuestra poca voluntad. Tengo propuesto.

Soberano Señor sacramentado, centro de todas las luces, y fuente de todas las gracias, alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad, dirigid mis palabras, concededme un santo celo para que pueda desempeñar con acierto y con fruto un asunto tan santo. Para conseguir estas gracias, pongamos por intercesora á la Reina de todos los Angeles y todos los Santos, saludándola con las palabras del Arcángel. A. M.

1. El ejemplo es el convencimiento más poderoso del hombre. Puede interpretarse la ley, puede darse colorido al mandamiento, puede contradecirse un razonamiento con otro razonamiento; pero al ejemplo es necesario rendirse, porque este es un hecho que lleva consigo la prueba y la evidencia. Destruyamos, pues, hoy con el ejemplo de los Santos las vanas excusas y falsos pretextos de los cristianos; esos pretextos que nos estais oponiendo continuamente para no vivir santamente.

Decís, en *primer lugar*: que los Santos, para serlo, recibieron unos auxilios y unas gracias especiales, con las que, ni podeis, ni debeis contar vosotros; pero os engañais grandemente. Los Santos, particularmente en sus principios, no recibieron, si se exceptúa algun otro, ni más auxilios ni más gracias que vosotros. Lo que hubo fué mejor correspondencia. Celoso el Señor de nuestra salvacion, dice S. Agustin, se deja sentir en nuestro corazon de un modo admirable y oculto, y no habrá uno en mi auditorio que no haya experimentado más de una vez este sentimiento. Ilustra nuestro entendimiento, inspira santos movimientos en nuestra voluntad, infunde en ella esperanzas que la animan, deseos que la preparan, afectos que la enternecen, vivos remordimientos que la turban cuando ha caido en la culpa, y continuos escozores que no la dejan vivir en paz con ella. ¿Y qué otra cosa hacia el Señor en el corazon de los Santos? Nos franquea, como á ellos, todos los tesoros que ha depositado en su Iglesia. Tenemos la misma fe, los mismos misterios, las mismas promesas, los mismos sacramentos... Se nos aplican, como á ellos, los méritos del Hombre-Dios, y la sangre del Cordero inmaculado corre para nosotros sobre el altar con la misma abundancia que corria para ellos. ¿Qué gracias concedió Dios á los Santos que no nos conceda á nosotros? ¿Qué auxilios, qué socorros tuvieron ellos que no tengamos nosotros? Pero

¿qué digo! Nosotros tenemos auxilios y socorros que ellos mismos no tuvieron. ¿Sabeis cuáles? los ejemplos que ellos nos dieron. Si, cristianos. Nosotros tenemos los ejemplos de los Santos, esos hermosos reverberos que tanto aclaran el camino de la gloria. ¡Ah! ¿Qué podremos responder á esa multitud de justos que nos dicen desde el cielo, que ellos tambien hicieron el viaje á su feliz eternidad con los mismos y aún con menores auxilios y socorros que nosotros? ¿Qué podremos contestarles? ¿Sabeis qué? Que no queremos aprovecharnos de ellos.

Decís, en *segundo lugar*: que vuestras pasiones son demasiado violentas para poder sujetarlas y reducirlas al estado que pide la santidad; pero ¿qué pasiones hay tan violentas que no hayan experimentado y combatido los Santos? Acordaos de un S. Pablo. Este apóstol de las naciones, aún despues de haber estado en el tercer cielo, se ve acometido de una pasion tan violenta, que no encuentra con quien compararla, sinó con un espíritu del infierno que siempre le está agujijoneando. Acercaos á un S. Jerónimo, sumido en una gruta, y reducido á un esqueleto, y le oireis gemir y lamentarse de que no puede arrojar de sí una imaginacion inquieta, turbulenta y empeñada en representarle las delicias de Roma. Contemplad á un S. Benito, á un S. Bernardo, á un S. Francisco, revolcándose desnudo en las zarzas y en la nieve para apagar el incendio de sus fogosas pasiones. Caminad á los desiertos del Egipto y la Tebaida, y hallareis millares de solitarios que, despues de muchos años de peleas y victorias, se ven precisados á combatir hasta la muerte, si quieren completar el triunfo y conseguir la corona. Y qué! ¿vuestras pasiones son más violentas ó porfiadas que eran las suyas? Sin embargo, ellos las vencieron. ¿Por qué, pues, no podreis vencer tambien vosotros las vuestras?

Decís, en *tercer lugar*: que por desgracia os ha cabido un mal natural y un peor génio. Pero ¿qué natural hay tan malo, ni qué génio tan perverso que con el rocío de la gracia no pueda producir virtudes? No, por cierto, almas de mal natural y de peor génio; el camino de la santidad no está cerrado para vosotras; la gracia se acomoda, por decirlo así, á todos los naturales y á todos los genios. De un genio y natural fogoso la gracia formará almas inflamadas de celo por la gloria del Señor; formará Pablos y Javieres que, corriendo de region en region, llevarán la luz del Evangelio hasta las extremidades del mundo. De un genio y natural apagado la gracia formará almas recogidas, que servirán con silencio al Señor en el templo y el retiro. Formará timoratos Simeones y piadosas Profetisas. De un genio y natural dulce y amoroso la gracia formará almas fervorosas. Formará

amantes Teresas de Jesús y tiernas Magdalenas de Pazis. No, cristianos, no hay genio, no hay natural tan opuesto á la virtud, del que la gracia, correspondida, no haya formado y no pueda formar Santos y grandes Santos.

Decis, en *cuarto lugar*: que vuestra edad no es á propósito para entregaros á la santidad; pero la santidad es de todas las edades. Manasés se convierte á los treinta y cinco años, y viviendo despues santamente, es un ejemplo de gran consuelo para los pecadores; y Josias, que vive inocente desde su niñez, es, dice el Eclesiástico, dulce como la miel para los inocentes. Eleázaro, resistiendo valerosamente en la edad de noventa años las impiedades del cruel Antiocho, deja un admirable ejemplo de veracidad y firmeza á todos los ancianos; y Daniel, tomando la defensa de la casta Susana en la edad de doce años, y confundiendo á los jueces envejecidos en dias malos, hace ver que el celo santo no es ajeno de la niñez. Job, cuando ya tenia nueve hijos y tres hijas, es un teatro asombroso de paciencia, y los tres jóvenes del horno de Babilonia lo son de fortaleza; y si los Sixtos y Valerios, las Mónicas y Leocadias son frutos maduros en el otoño de sus años; los Pastores y Justos, las Basilias y Eulalias son frutos que se encuentran ya sazonados en la primavera de sus dias. El mismo Jesucristo, en su vida mortal, convidaba á los niños á que se acercasen á El; y cuando multiplicó los cinco panes en el desierto, alimentó con ellos, no sólo á los hombres de todas edades, sino tambien á las mujeres y niños para que no se creyese, dice S. Juan Crisóstomo, que habia alguna edad que no fuese propia para la virtud, habiendo podido seguirle al desierto hasta las mujeres y niños. No, católicos, no hay edad en que no podamos y debamos vivir santamente. Para los negocios del mundo es necesario esperar muchas veces la edad, mas para la santidad todas las edades son á propósito, porque la santidad no pide edades.

Decis, en *quinto lugar*: que vuestro estado es incompatible con la santidad, pero no es vuestro estado el que se opone á la santidad, sino los desórdenes de vuestro estado. Registrad la historia de la religion y vereis santos y muchos santos en todos los estados. Leed sus vidas; y qué vereis en ellas? Vereis unos hombres que en su estado fueron respectivamente buenos príncipes, buenos súbditos, buenos padres, buenos amos, buenos hijos, buenos criados, magistrados íntegros y apreciables, esposos apacibles y laboriosos y esposas fieles y amables. Vereis unos hombres que en su estado supieron servir á Dios y al rey, defender la religion y la pátria, ser la honra del siglo y del santuario, y los héroes del mundo y del Evangelio. Vereis unos

hombres que para ser santos no necesitaron más que santificar las obligaciones de su estado, arreglándolas á las leyes de la religion, y elevándolas al orden sobrenatural por la fe. Vereis, en fin, unos hombres que, en cierto modo, debieron su santidad á su estado. Abraham se santifica entre las riquezas y Lázaro en la pobreza; S. Fernando en las victorias y S. Luis en el cautiverio; los Nereos y Aquileos en los palacios y los Isidros y Crispines en la arada y los talleres; las Melanias y Sabinas en el estado de señoras y las Citas y Serapias en el de criadas; las Florentinas y Escolásticas en los monasterios y las Justas y Rufinas en las plazas. Leed, repito, la vidas de los Santos, y vereis que por eso fueron santos, porque cumplieron bien los deberes de su estado, y por eso cumplieron bien los deberes de su estado, porque fueron Santos; de modo que el buen cumplimiento de los deberes de su estado les adquirió la santidad, y la santidad hizo que cumpliesen bien los deberes de su estado. No, no hay verdadero estado que se oponga á la santidad, ni verdadera santidad que se oponga á los deberes del estado.

Ultimamente decis; que os ha tocado un siglo demasiado corrompido para poder vivir en él santamente; pero, en vez de acusar al siglo en que vivís, deberíais quejaros de las pasiones que os dominan, porque la santidad no pende de los siglos sino de nuestras costumbres. Los siglos no son malos sino á proporcion que nosotros no somos buenos, y, como decia S. Jerónimo, nuestras virtudes ó vicios hacen felices ó desgraciados los siglos. Sin embargo, yo quiero convenir con vosotros en que vivimos en un siglo inmoral, en el que se cruzan los escándalos por todas partes; en un siglo tan criminal, que la juventud y aún la niñez disputa la victoria en la carrera de los vicios á los hombres más viciosos; en un siglo en que séres degradados se han entregado á los excesos de la más honda corrupcion, poniendo espanto á todos los hombres de bien, y afligiendo profundamente á la Iglesia. Yo confesaré, traspasado mi corazon de dolor y atrasados mis ojos de lágrimas, esa corrupcion horrenda que insulta á la divinidad y ultraja la humanidad; y cómo no confesarlo, cuando por desgracia somos tantos los testigos como los hombres! Mas, á pesar de todo esto, y por más que nos rodee por todas partes la corrupcion y libertinaje del siglo, nada podrá excusarnos de ser justos y virtuosos. ¿Sabeis por qué? Porque el hombre jamás puede ser forzado en su querer. El mundo enteró con todos sus ejércitos no bastará para obligarle á separarse de la virtud, ni á entregarse al vicio si él no quiere. Podrán quitarle los bienes, los honores, la libertad, la salud y hasta la vida; pero él, sin embargo, morirá diciendo: no, no quie-

ro abandonar la virtud, no quiero entregarme al vicio, no quiero pecar, no; no quiero. Desengañémonos, cristianos, no hay fuerzas contra el querer, ni excusas para no obrar bien por más corrompido que sea el siglo en que vivamos.

2. Registrad sinó los tiempos, registrad los siglos, y no encontréis uno tan perverso que no haya producido justos. Noé se conserva puro en un siglo en que toda carne había corrompido su camino, según la expresión de la sagrada Escritura; Abraham es el padre de la fe en medio de un mundo idólatra; Moisés se santifica en el siglo de un Faraon; Samuel en el de los sacrilegos hijos de Heli; David en el de Saul; Elías en el de Acab; Judit en el de Holofernes y Ester en el de un Asuero. El Bautista es un asombro de inocencia en el corrompido siglo de Herodes, y en este mismo siglo los pecadores y los publicanos entran en los caminos de la penitencia, al mismo tiempo que los Escribas y Fariseos permanecen obstinados en sus errores. Pero digámoslo todo de una vez. ¿En qué siglos se vieron más reunidos los vicios que en aquellos en que la Roma pagana había reunido en su capital todos los dioses? Pues en esos mismos siglos en que los emperadores contaban el número de los idólatras casi por el de los individuos que componían su vasto imperio, la Iglesia contaba el número de los santos por el de los cristianos que abrigaba en su seno. Millones de mártires, regando la tierra con su sangre; pueblos enteros de solitarios, derramados por los desiertos; multitud de candidas vírgenes, conservando su pureza en la casa de sus padres; tantos Pontífices, tantos Obispos, tantos Sacerdotes santos, tantas piadosas viudas, tantas honestas casadas, tantos varones fieles... Ved aquí la multitud de santos que componía la Iglesia, en aquellos mismos siglos en que la idólatra Roma reunía en su imperio todos los viciosos y todos los vicios.

Almas asustadizas, que, al ver triunfar los escándalos, todo lo juzgáis perdido, bien sabéis que los escándalos no pierden á los justos, sinó á los escandalosos. Por más que se multipliquen los crímenes, la ley de Dios no se muda, ni varía, ni cede en una tilde. La justicia divina jamás sale del fiel de la balanza, y castigará á los pecadores de este siglo corrompido, como á los del siglo más justo. La multitud de los criminales podrá tal vez detener el brazo de la justicia de los hombres; pero ¿quién detendrá el brazo de la justicia de Dios! En su divina presencia la multitud, aunque se compusiese de todo el género humano, desde Adán hasta su último descendiente, es como un solo hombre, y el hombre delante de Dios es como el día de ayer que ya pasó.

Hombres valientes para la maldad, que os gloriais en vuestras iniquidades, temblad la ira omnipotente que os espera. Vosotros podréis ser perversos un momento, porque esto es la vida más larga; pero, en el momento siguiente, entrareis en la horrenda eternidad, en la que no hay término ni momentos. El infierno tiene demasiado dilatadas sus horribles fauces para no tragar á todos los réprobos por más que se multipliquen, y demasiado firmes sus lagos de fuego para no retenerlos en ellos por toda la eternidad. ¡Pero yo me estremezco al pensar en vuestra espantosa suerte! Dejad de obrar la maldad, entregaos á obrar el bien, tratad de salvaros del naufragio eterno que os amenaza, aún hay tiempo; pero es preciso aprovechar los momentos, porque de un momento está pendiente toda vuestra eternidad. Y vosotras, almas cobardes, animaos á vista de esa multitud de justos que nos presenta hoy el cielo, y no os excuseis ya más con la corrupción del siglo, puesto que la mayor parte de ellos se han santificado en los siglos más corrompidos.

Habéis visto, católicos, que todos estamos obligados á vivir cristiana y santamente, sin que nos sirvan de excusa, ni la falta de auxilios y de gracias, ni la violencia de nuestras pasiones, ni nuestro mal natural ó mal génio, ni nuestra edad, ni nuestro estado, ni tampoco la corrupción de nuestro siglo, que fué lo que ofrecí probar en mi discurso.

En vano, pues, procuramos excusarnos con falsos pretextos para no seguir nuestra vocación, que es la santidad. Esa innumerable multitud de justos, que nos presenta hoy la Iglesia, nada nos deja que responder. A su vista no podemos hacer otra cosa que confundirnos y reconvenirnos á nosotros mismos, diciendo como otro Agustino. Puesto que estos Santos fueron hombres como nosotros ¿por qué no seremos nosotros santos como ellos? Ellos tuvieron las mismas pasiones que domar, los mismos apetitos que mortificar, las mismas dificultades que vencer; pero ¿qué digo! Muchos, muchísimos se hallaron en ocasiones más peligrosas, en estados más arriesgados, en circunstancias más críticas que nosotros. Muchos, muchísimos tuvieron que romper lazos más estrechos, que sacrificar bienes más preciosos, que atropellar miramientos más respetables... y, no obstante, todo lo superaron, todo lo vencieron, todo lo allanaron y caminaron al cielo, muchas veces sobre la ruina de todos sus bienes, sobre el despojo de todos sus honores, sobre charcos de su propia sangre. A la verdad, católicos, que no se nos pide á nosotros tanto en el día para vivir cristiana y santamente; pues ¿por qué no conseguimos nosotros á menor costa lo que á ellos costó tanto? ¿Por ventura su alma,

por quien ellos lo sacrificaron todo, era mejor que la nuestra. ¿Merecía más atenciones ó mayores sacrificios? ¿Estaba destinada á mejor pátria ó mayor gloria? Nada de eso, mis amados. Si ellos fueron convidados á las bodas del Cordero celestial, tambien lo hemos sido nosotros; si estuvieron marcados con el sello de la adopcion de hijos de Dios, tambien lo estamos nosotros. Las fuentes del Salvador no corren ahora con ménos abundancia para nosotros, que corrian entonces para ellos; las bondades y misericordias del Señor no se han abreviado en nuestros dias. Pues ¿qué nos falta para no emprender con empeño como ellos el camino de la gloria? ¿Sabeis qué? Lo que dije en mi propuesta. Nos falta la voluntad, y nada más que la voluntad, todo lo demás está dispuesto; todo nos está preparado para este gran viaje. Ley, redencion, gracias, sacrificios, sacramentos... todo está pronto; el camino está patente; los Santos que le anduvieron nos convidan con instancia á que caminemos por él, y nos llaman desde el cielo. ¿Pues en qué nos detenemos? ¿por qué no entramos en él? exclama aquí san Cipriano: ¿por qué no andamos? por qué no corremos á ver nuestra hermosa pátria, á vivir con los Santos nuestros hermanos, á pasear entre los coros de los ángeles, á ver á Dios y gozarle eternamente? *¿Quare non properamus? ¿quare non currimus?*

Soberano Señor Sacramentado: Vos sois el camino, la luz, la fortaleza y la vida. Alumbrad nuestro entendimiento, fortaleced nuestro corazon, inflamad nuestro espíritu, dirigid nuestros pasos... Ayudadnos, Viático Soberano, Compañero Divino... ayudadnos en nuestro viaje al cielo hasta colocarnos en el templo de vuestra gloria, para que vivamos y reinemos eternamente con Vos, que vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amen.

FE TRIUNFANTE

(LA)

EN LO PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.

Ecce ego vobiscum sum usque ad consumationem sæculi.

Hé aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.

(MATTH. XXVIII, 20.)

Hermanos míos, ¡admirable es el destino del Cristianismo! Después de haber vencido al universo con el poder de Dios, que estaba con él; después de haber brillado en el mundo por espacio de diez y ocho siglos, ahora se le llama de nuevo ante el tribunal de los hombres, y de nuevo se le exige que dé razon de su origen y de su divinidad.

¡Hoy nos vemos obligados á hacer ante el mundo la apología de Dios!

Han pasado ya mil y ochocientos años, y aún podemos dirigir á no pocos hombres de nuestro siglo estas palabras de Tertuliano á los emperadores paganos: «Permitid que la voz de la religion se alce ante vosotros, no porque ella tenga necesidad de vuestra conmiseracion, no porque su condicion en la tierra la asombre, pues sabe que debe hallar tantos enemigos como discípulos, y su descanso y su pátria están en el cielo: solo pide que ántes de que pronuncieis su sentencia, la conozcais.»

El día de hoy se comprueba aún la verdad de estas palabras: hoy la religion cumple con su peregrinacion en medio de los dolores y de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, y hoy tambien no pide otra cosa sinó que se la conozca.

No vengo en esta circunstancia á demostraros el poderío interior de la fe, así en nuestro tiempo como en lo pasado: vengo ahora á hacerlo de su poderío exterior; y en tanto que se la supone desfallecida, la mostraré fuerte con el poder de Dios.

La fe, victoriosa en lo pasado: ved aquí el objeto de la primera consideracion.

La fe, victoriosa en la actualidad: el de la segunda. A. M.